

SESSION DE 2008

**CONCOURS INTERNE
DE RECRUTEMENT DE PROFESSEURS CERTIFIÉS
ET CONCOURS D'ACCÈS A L'ÉCHELLE DE RÉMUNÉRATION**

Section : LANGUES VIVANTES ÉTRANGÈRES

ESPAGNOL

**COMMENTAIRE GUIDÉ EN LANGUE
ÉTRANGÈRE ASSORTI D'UNE TRADUCTION**

Durée : 5 heures

L'usage de tout ouvrage de référence, de tout dictionnaire et de tout matériel électronique est rigoureusement interdit.

Dans le cas où un(e) candidat(e) repère ce qui lui semble être une erreur d'énoncé, il (elle) le signale très lisiblement sur sa copie, propose la correction et poursuit l'épreuve en conséquence.

De même, si cela vous conduit à formuler une ou plusieurs hypothèses, il vous est demandé de la (ou les) mentionner explicitement.

NB : Hormis l'en-tête détachable, la copie que vous rendrez ne devra, conformément au principe d'anonymat, comporter aucun signe distinctif, tel que nom, signature, origine, etc. Si le travail qui vous est demandé comporte notamment la rédaction d'un projet ou d'une note, vous devrez impérativement vous abstenir de signer ou de l'identifier.

Tournez la page S.V.P.

I. Commentaire guidé

Su primera impresión, mientras se disipaban las brumas de la inconsciencia, antes incluso de que la punzada de dolor en la sien se hiciera nítida y persistente, fue de un tibio bienestar. Una impresión en cierto modo comparable a la que acompañaba su despertar de los domingos, cuando las sirenas de la fábrica Renault no estremecían el alba y podía quedarse en la cama hasta bien avanzada la mañana remoloneando entre las sábanas, como un cachorro que se despereza. Sintió la caricia voluptuosa del sol en los párpados, sintió la blandura muelle de la hierba que le servía de lecho; al extender un brazo, pudo comprobar que estaba cubierta de un rocío sutilísimo que se le quedaba prendido entre los dedos. Aspiró el aire bendecido de polen; para completar aquel cuadro bucólico, llegó a sus oídos el zumbido de las abejas, atareadas en su recolección de néctar. Mientras duró aquella ensoñación –apenas unos segundos-, llegó a creer que era el hombre más feliz de la Tierra, como seguramente lo fue Adán en el Paraíso, antes de probar el fruto prohibido; y a esa sensación de beatitud plena se sumaba, como en Adán, la certeza de saberse recién creado y por lo tanto indemne al pasado, liberado de recuerdos enojosos que ensombreciesen el puro disfrute del instante.

Entonces probó a moverse. Y al girar levemente la cabeza, todavía con los ojos cerrados, todavía poseído por aquella dulce somnolencia, se impuso la certeza de un dolor vivísimo que le taladraba la sien y parecía abrasarle el cerebro. Era, sin embargo, un dolor muy distinto de cualquier otro que hubiese sufrido antes: las contusiones y magulladuras, las heridas recientes, incluso las heridas ya cicatrizadas, son en cierto modo gritos de la carne que avivan y exacerban nuestros sentidos; pero aquel dolor, mucho más intenso y lacerante que los que hasta entonces había probado - las consabidas descalabraduras infantiles, las torceduras en reyertas o tumultos adolescentes, los dedos trizados entre los engranajes de la maquinaria, allá en la fábrica Renault -, se acompañaba sin embargo de una extraña torpeza nunca antes experimentada. Era como si el dolor, punzante como un berbiquí¹, fuese a la vez una gangrena que anestesiará sus facultades mentales y convirtiera su cerebro en una sustancia inerte. Probó otra vez a mover la cabeza, ahora con más prevención si cabe, y se repitió aquella impresión, acompañada de ese ramalazo de vértigo que nos sobresalta en sueños, cuando se nos figura que el suelo falta bajo nuestros pies. Se aferró con ambas manos a la hierba que le servía de lecho, clavó las uñas en la tierra húmeda para espantar aquella ilusión de caída en el vacío y abrió los ojos, cautelosa y tímidamente abrió los ojos.

Aquella sutilísima frescura que regaba la hierba no era rocío, sino sangre, una constelación de sangre que salpicaba el verdor, como si hubiera sido asperjada con un hisopo. A la luz de la mañana, las diminutas salpicaduras adquirirían un brillo casi exultante, como si celebraran el gozo de haber sido derramadas. Jules –“me llamo Jules, Jules Tillon”, ése fue su primer pensamiento, tan elemental como desesperado- pensó al principio que se trataba de su propia sangre, pero enseguida comprobó que la hemorragia ya casi restañada de su sien apenas había formado un pequeño charco sobre la hierba que le había servido de almohada, un charco de aspecto bituminoso que había empapado sus cabellos y se había refugiado entre las ternillas de la oreja, que le pareció de corcho cuando la palpó, como si se la acabasen de injertar mientras dormía. Un vago horror se sobrepuso a su perplejidad cuando descubrió que lo que había tomado por el bucólico zumbido de las abejas era en realidad el vuelo insistente de las moscas que merodean la carroña, que se aparean entre la carroña y dejan a su prole en herencia una carroña que las engorde.

Juan Manuel de Prada, *El séptimo velo*, 2007
(Primera parte, segundo capítulo). Ed. Seix Barral

¹ Un berbiquí : une chignole.

Questions :

1. Explique cómo se construyen en el texto el personaje y la situación en que éste se encuentra. (5 points)
2. Analice los recursos que mantienen el interés del lector (tensión, temática, etc.). (9 points)
3. Estudie la presencia y las funciones del narrador. (6 points)

II. Version

¿Quién no oculta un pasado?

¿Quién no un secreto?

5 La criminalidad, que de unos años a esta parte se ha enseñoreado de nuestras urbes tanta congoja sembrando, debía de tener muy atareada a la policía esa noche en concreto, porque no fuimos sorprendidos, como yo temía que ocurriera, mientras bajábamos el delatante fardo en el ascensor, hacíamos con él en volandas la travesía del zaguán y la calle y nos colábamos a la chiticallando en el portal de la casa de don Plutarquete, a cuya puerta tocamos con sigilo y pertinacia.

10 - No se inquiete usted - me apresuré a decir cuando por fin abrió el erudito y vi el estupor entoldar su noble faz: el traje que me prestó está impoluto y entero en el buzón; también traemos a una chica medio muerta, nos persigue una banda de asesinos y la policía me viene pisando los talones, pero no tiene usted por qué preocuparse. Sírvase dejarnos pasar y atranque puertas y ventanas.

15 Repuesto de la mala impresión que hubiéramos podido causarle, tranquilizado por mi serena perorata y no poco contento de verse de nuevo en presencia de la Emilia, se hizo a un lado el anciano historiador y apenas hubimos entrado manipuló un cerrojo de alta seguridad que transformó el hogar en arca sellada. -Sígueme al dormitorio- dijo con voz queda. Voy a alisar un poco las sábanas y colocaremos allí a este desdichado.

20 - Es una chica, don Plutarquete- dije yo.
- ¡Qué desgracia más grande, con lo que a mí me gustan las chicas!- exclamó enternecido. ¿Amiga de la señorita Trash, por un casual?
- Íntima amiga -resopló la interpelada. Se llama María Pandora y es periodista.

Eduardo Mendoza, El laberinto de las aceitunas, 1982